

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 11-34

*Caciques, intérpretes y soldados fronterizos
Actores indígenas en la conquista del Nayar, siglo XVIII*

Raquel E. Güereca Durán

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2022

568 p.

Cuadros, mapas, ilustraciones

(Serie Historia Novohispana 112)

ISBN 978-607-30-6311-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/785/caciques_nayar.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

El 9 de mayo de 1722, el virrey de la Nueva España, marqués de Valero, dio aviso al monarca de que se había logrado la rendición, a fuerza de armas, de la provincia del Nayarit. El mérito correspondía al capitán y gobernador Juan Flores de San Pedro quien, a despecho de la resistencia de los indios, asaltó la Mesa del Nayar “con indecible trabajo”¹ debido a la fragosidad de la sierra, cuyas elevadas cumbres obligaron a que “llevasen los soldados en una mano las armas y con la otra asirse de las ramas”² para no caer en las barrancas y despeñaderos. Por el valor y el celo demostrado en esta empresa, el rey tuvo a bien agradecer al virrey y al propio Flores de San Pedro los trabajos padecidos “en servicio de Dios y el mío”.³

La toma de la Mesa del Nayar y, semanas más tarde, la captura del Tonati, tenido por cacique y principal de los nayaritas, ponía fin a una empresa de conquista que había iniciado varios meses atrás. Este libro se ocupa de analizar dicho proceso, centrando la atención en los actores que, hasta ahora, habían tenido poca presencia en las narrativas bien conocidas: los indígenas. Para ello, me interesa establecer un diálogo con los estudios históricos elaborados desde tres perspectivas distintas, aunque complementarias.

La primera de ellas es el análisis de las conquistas, y de manera particular, con la llamada “Nueva historia de la conquista”.⁴ Estos estudios tienen como punto de partida la crítica a las narrativas tradicionales de las conquistas que, desde el siglo XVI y hasta bien entrado el siglo XX, tuvieron como fuente primordial la documentación

¹ “El rey agradece al Marqués de Valero la rendición de los indios del Nayarit”, 6 de septiembre de 1722, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Reales cédulas*, v. 43, exp. 45, f. 150-152.

² *Idem.*

³ *Idem.*

⁴ El término fue acuñado por Susan Schroeder, “Loser History, or the Conquest of Mexico as a Non-Event”, *Fellows paper*, Chicago, Newberry Library, Mayo, 2000.

elaborada por los propios capitanes y soldados españoles participantes en las diversas empresas. Tales fuentes nos muestran sólo la perspectiva española de estos procesos, por lo que en ellas es posible encontrar, de acuerdo con Matthew Restall, una glorificación de los actores españoles en detrimento de otros participantes de los sucesos: indígenas, negros libres y esclavos. Además, tienden a presentar la conquista como un rápido proceso que finaliza con una victoria española definitiva, ocultando “años de conflicto entre españoles, entre pueblos indígenas y entre unos y otros”,⁵ a más de que suelen atribuir el éxito de la empresa a las virtudes políticas y militares de los capitanes españoles, ignorando el contexto en el que ocurrieron los procesos de conquista, así como el peso de factores sociales, políticos y religiosos. En suma, se trata de historias que han sido escritas “en términos colonialistas, términos que habrían resultado aceptables también para los propios conquistadores”.⁶ La propuesta de la nueva historia de la conquista consiste entonces en incorporar a la narrativa la perspectiva indígena de los sucesos a través del análisis de diferentes fuentes.⁷

Diversos grupos indígenas desarrollaron sus propias tradiciones históricas acerca de las conquistas y quedaron plasmadas en obras propiamente historiográficas ampliamente conocidas. El Libro doce de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún consigna la versión tlutelolca de la conquista de Tenochtitlan;⁸ la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, de Diego Muñoz Camargo nos habla de la tradición histórica desarrollada sobre este asunto para la segunda mitad del siglo XVI;⁹ una versión

⁵ Matthew Restall, *Los siete mitos de la conquista española*, México, Paidós, 2003, p. 77.

⁶ *Ibidem*, p. 141.

⁷ El trabajo más representativo sin duda es el libro *Indian Conquistadors. Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*, edición de Laura E. Matthew y Michel R. Oudijk, Norman, Oklahoma, Universidad de Oklahoma, 2007.

⁸ Bernardino de Sahagún, “Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México”, en *Historia general de las cosas de la Nueva España*, introducción, notas y apéndice de Ángel María Garibay, México, Porrúa, 1982.

⁹ Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, edición de René Acuña, San Luis Potosí/El Colegio de San Luis/Gobierno del Estado de Tlaxcala, 2000.

texcocana de la conquista ha quedado consignada en la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, particularmente en el *Compendio histórico del reino de Texcoco*;¹⁰ mientras que la tradición histórica de Chalco aparece registrada, si bien brevemente, en la obra de Chimalpáin, específicamente en las llamadas Tercera y Séptima relaciones.¹¹ Debido a su edición y difusión, estos textos sí han contado con la atención de diversos historiadores.

Otras versiones indígenas de las conquistas han quedado plasmadas en obras pictóricas como los códices y lienzos: el lienzo de Tlaxcala,¹² el lienzo de Analco¹³ y el lienzo de Quauhquechollan,¹⁴ de los cuales, sólo el primero había sido objeto de análisis, mientras que los dos últimos apenas han sido estudiados a profundidad en fecha reciente. Pero los últimos estudios han incorporado también un enorme cuerpo de documentos burocráticos, entre los que se cuentan las relaciones de méritos de la nobleza indígena y su correspondencia con la autoridad hispana,¹⁵ que han hecho posible conocer

¹⁰ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., edición, estudio introductorio y apéndices de Edmundo O'Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985.

¹¹ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáin Cuauhtlehuantzin, *Las ocho relaciones y el Memorial de Colhuacan*, traducción de Rafael Tena, México, Conaculta, 1998 (Cien de México).

¹² *El lienzo de Tlaxcala*, edición de Mario de la Torre, texto de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Carton y Papel de México, 1983.

¹³ Publicado parcialmente por Viola König, *Die Schlacht bei Sieben Blume: Konquistadoren, Kaziken und Konflikte auf alten Landkarten der Indianer Südwestmexikos*, Bremen, Edition Temen, 1993. La traducción al español fue publicada como *La batalla de Siete Flor: conquistadores, caciques y conflictos en mapas antiguos de los zapotecos, chinantecos y mixes*, Oaxaca, Secretaría de Culturas y Artes del Gobierno de Oaxaca, 2010.

¹⁴ Florine Asselbergs, *Conquered Conquistadors. The Lienzo de Quauhquechollan: A Nahua Vision of the Conquest of Guatemala*, Leiden, CNWS Publications, 2004.

¹⁵ Las cartas, resguardadas la mayor parte en el Archivo General de Indias (en adelante AGI), *Patronato*, han sido compiladas, paleografiadas y publicadas por Emma Pérez-Rocha y Rafael Tena, *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000. Otra fuente importante sobre el tema es la relación escrita por el cacique chalca Acacictli tras su participación en la campaña del Mixtón: Francisco de Sandoval Acacictli, *Conquista y pacificación de los indios chichimecas*, paleografía y comentario de José María Muriá, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1996.



diversas versiones nahuas sobre las conquistas: la de Tenochtitlan y la de la Provincia de los Zapotecas, la de Guatemala o la del Mixtón. Tales textos han permitido la construcción de aproximaciones históricas a la manera en que numerosos pueblos indígenas pensaban la conquista y su propia participación en el proceso, el papel que ellos creían que deberían ocupar en el cuerpo social virreinal, el modo en que pensaban el poder y la relación con la autoridad española y, en general, la forma en que vivieron el proceso de incorporación a la órbita de la monarquía.

Dichos estudios no han dejado de lado las fuentes tradicionales —Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés o Nuño de Guzmán— pero sí las han interrogado de manera distinta, tratando de ubicarlas en su contexto y poniendo atención a los otros actores que emergen en el fondo, una vez que se desplaza a los capitanes españoles del papel central. El análisis se ha centrado en la población indígena, pero han emergido también otros actores como las mujeres o los africanos y afrodescendientes cuya participación había permanecido callada por siglos.

De tal suerte, en los últimos diez o quince años hemos presenciado una revisión profunda de nuestras ideas sobre las conquistas, y de modo particular, del papel que desempeñaron en ellas los indígenas. Así, a la tradicional idea de los nativos como “vencidos”, los estudios recientes resaltan su participación como aliados militares, intérpretes, cargadores, guías y consejeros. Se han planteado preguntas en torno a las motivaciones detrás de la acción de los indios y se han mostrado las consecuencias que todo ello tuvo en las décadas que siguieron a la caída de Tenochtitlan.¹⁶

El presente libro busca participar en este diálogo historiográfico. Haciendo eco de la idea de Laura Matthew de quitar los reflectores a los actores hispanos, me interesa construir una historia de la conquista de la Sierra del Nayar que se aleje de los tópicos tradicionales de las conquistas: los capitanes españoles, los grandes hombres y los estrategas. Ello, porque el proceso de conquista de esta zona ha sido narrado también como una épica protagonizada por

¹⁶ Matthew Restall, “The New Conquest History”, *History Compass*, Nueva Jersey, v. 10, n. 2, 2012, p. 151-160.

españoles. Este relato hunde sus raíces en la obra de José Ortega,¹⁷ “Maravillosa reducción, y conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar, nuevo Reino de Toledo”,¹⁸ en la que construye una historia en torno a los capitanes y frailes españoles que se adentraron en el espacio serrano, desde el siglo XVI y hasta su conquista. Por ejemplo, Ortega refiere con detalle las cualidades de los capitanes que encabezaron las entradas de 1721 y 1722. De Juan Flores de San Pedro se nos dice que era un “animoso, vigilante jefe”,¹⁹ mientras que su antecesor Juan de la Torre es descrito como el hombre más idóneo para negociar con los nayaritas, amable y de buen corazón, poseedor de la riqueza necesaria para solventar la empresa, a más de que hablaba fluidamente la lengua mexicana.²⁰ Abunda en las descripciones de los vecinos y soldados españoles que aceptaron sumarse voluntariamente a la empresa conquistadora; describe la manera en que Flores organizó a sus hombres y preparó los asaltos; se recrea dibujando un panorama detallado de las principales batallas, de los peligros que enfrentaron los cristianos y cómo, con un poco de auxilio divino, salieron airosos.²¹

Con base en este texto, historiadores contemporáneos han escrito sobre la conquista del Nayar reproduciendo los tópicos fijados por el jesuita: así, Juan Flores de San Pedro es presentado como un “estratega” —mismo término que la historiografía emplea con frecuencia para referirse a Cortés— a más de un diestro jinete, arrojado, que contaba con el respeto de su tropa debido a sus cualidades personales.²² Se resalta la logística militar implementada por Flores

¹⁷ El jesuita firmó algunas de sus obras como José de Ortega y otras como José Ortega. En este texto se usará la segunda forma.

¹⁸ José Ortega, “Maravillosa reducción, y conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar, nuevo Reino de Toledo”, en *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en México*, edición de Francisco Javier Fluvía, prólogo de Thomas Calvo y Jesús Jáuregui, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Instituto Nacional Indigenista, 1996.

¹⁹ *Ibidem*, p. 176.

²⁰ *Ibidem*, p. 76.

²¹ *Ibidem*, p. 205-215.

²² Laura Magriñá, “Juan Flores de San Pedro, un estratega. La conquista de El Nayarit (1721-1722)”, *Antropología, Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, n. 96, 2013, p. 24.

para lograr la conquista; sus habilidades políticas que le permitieron ser el único que logró “poner bajo sus órdenes a todas las autoridades de las jurisdicciones colindantes con el Nayar”; su carencia de instrucción militar; el haberse formado en la práctica; así como el haber aprendido a leer y escribir, quizá, “con el mismo tipo de lecturas que Bernal Díaz del Castillo”. Sin ambages se compara la conquista del Nayar con la de Tenochtitlan, encontrando que en ambas se implementó la misma “política de conquista” consistente en emplear un “ejército improvisado” formado por hombres de confianza y vecinos; en llevar también “aliados indígenas”; así como en el uso de armas de fuego “que resultó fundamental para la derrota de los nativos”. Se resalta la rapidez con que se completó la conquista y el hecho de que “desembocó en la sujeción total hacia el agresor”.²³

Los indígenas, cuando aparecen en esta narrativa, lo hacen sólo como antagonistas: son los que resisten, los que enfrentan a los capitanes españoles y los que se rinden. Otros personajes indígenas, como los indios aliados o los intérpretes, son tratados no como sujetos sino como objetos carentes de voluntad —los indios de la costa habrían sido “usados” para cerrar el paso a los nayaritas y obligarlos a negociar—²⁴ o se habla de los guerreros indios aliados a los españoles como “sometidos por esas épocas al contrincante”,²⁵ para convertirse, más tarde, en “víctimas de su propia traición”.²⁶

Sin embargo, el primer obstáculo a sortear para construir una nueva narrativa sobre la conquista del Nayar no es menor. Y es que, a diferencia de los diversos casos que he mencionado ya, para el Nayar no contamos —hasta ahora— con fuentes que consignen la versión de los coras o huicholes sobre la conquista ocurrida entre 1721 y 1722. Más aun, en esta región existe un número muy reducido

²³ *Ibidem*, p. 25.

²⁴ Ivonne del Valle, *Escribiendo desde los márgenes: colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, México, Siglo XXI, 2009, p. 118.

²⁵ Calvo y Jáuregui, “Prólogo...”, p. XVII.

²⁶ Danna A. Levin, “Indian Friends and Allies in the Spanish Imperial Borderlands of North America”, en *The Oxford Handbook of the Borderlands of the Iberian World*, edición de Danna. A. Levin Rojo y Cynthia Radding, Nueva York, Universidad de Oxford, 2019, p. 133.

de fuentes elaboradas por los propios indígenas, lo que representa una limitante al momento de intentar dar voz a esos actores nativos. ¿Es posible, entonces, escribir una “nueva historia” de la conquista de la Sierra del Nayar, sin contar con fuentes escritas por los propios indígenas? Mi respuesta, evidentemente, es afirmativa. Para suplir esa carencia, he recurrido a una gran variedad de fuentes primarias no consideradas por los historiadores hasta ahora. He empleado aquí textos resguardados en muy diversos repositorios documentales, originados en distintos niveles de la administración imperial: papeles procedentes de las audiencias de Guadalajara y México, del Consejo de Indias, del cabildo zacatecano y de la administración religiosa tanto secular como regular. Todos ellos han sido escrutados cuidadosamente para sacar a la luz las referencias, en ocasiones abundantes y en otras exasperantemente breves, a los actores indígenas: sus nombres y origen, sus acciones y motivaciones, sus ámbitos de acción, sus intereses, así como la forma en que tejieron lazos entre sí y con la monarquía hispánica. Los nombres de lugares, pueblos y villas aparecen con diferentes grafías en la documentación. Se ha optado por uniformarlas, empleando la forma moderna en todos los casos.

Cabe aclarar entonces, que esta investigación no es, ni aspira a ser, la “visión indígena” de la conquista del Nayar. No es posible por ahora plantear tal ejercicio historiográfico en tanto los indígenas que vivieron dicho proceso no nos legaron fuentes documentales, o no las conocemos aún. El camino por el que he optado entonces ha sido el de buscar sistemáticamente a los actores indígenas en las fuentes elaboradas por la administración virreinal, para reconstruir el proceso de conquista de la sierra poniendo atención especial al papel jugado por ellos. No se trata, en ningún sentido, de negar la importancia que tuvieron los vecinos españoles de Jerez o Zacatecas en la empresa, muchos de los cuales se sumaron a las fuerzas de los capitanes De la Torre y Flores de San Pedro. Sin embargo, esos actores no son los protagonistas de este trabajo. Por un lado, ya Laura Magriñá se ha ocupado de extraer de los autos de Juan Flores de San Pedro los nombres de los vecinos españoles que participaron en las entradas militares de 1721 y 1722, señalando además de sus edades, los caballos, armas y víveres con lo que contribuyeron y dejando en

claro que su participación fue fundamental.²⁷ Menos suerte han tenido los actores indígenas de este proceso, cuya existencia es apenas conocida. De aquí que, en los capítulos siguientes mi interés se centra en la participación indígena en la conquista del Nayar, en un esfuerzo por mostrar la actuación desplegada por diferentes personajes y colectivos en este proceso de trascendencia regional.

Otra de las vertientes de las que se nutre este libro, son los estudios sobre las fronteras de la monarquía hispánica. Ello, porque a la conquista de la Sierra del Nayar precedieron 200 años de relaciones entre los españoles que llegaron a la región y los indios que permanecieron independientes, lo que configuró al Nayar como una frontera de la cristiandad. El concepto de frontera, como señala Bailly, ha sido equiparado por algunos autores con el *limes* del antiguo imperio romano que “materializaba los límites de la soberanía del Imperio”,²⁸ si bien etimológicamente refiere a “lo que está puesto y colocado enfrente de otra cosa”. Hacia el siglo XV, en la península ibérica, designaba el límite entre reinos y señoríos, al ser entendida como “la raya y término que parte y divide los reinos, por estar el uno frontero del otro”,²⁹ haciendo referencia desde entonces al límite de la dominación de un determinado poder sobre un espacio. Desde la perspectiva española, ya para el siglo XVI la frontera marcaba el límite que alcanzaba el dominio de la monarquía hispana y, por ende, el cristianismo.³⁰ Así, se trata de un término que rara vez aparece solo, pues lo vemos casi siempre acompañado de un complemento: fronteras de la cristiandad, fronteras con la gentilidad y fronteras de guerra.

²⁷ Magriñá, “Juan Flores de San Pedro...”, p. 20.

²⁸ Antoine S. Bailly, “Las fronteras: representaciones, poderes y divisiones territoriales”, en *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos: la cordillera de los Andes como espacialidad sociocultural*, edición de Andrés Núñez, Rafael Sánchez y Federico Arenas, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, Instituto de Geografía/Ril Editores, 2013, p. 12.

²⁹ Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Edición facsímil*, t. 3, Editorial Gredos, Madrid, 1963, p. 801.

³⁰ Emilio Mitre, “Los límites entre estados: la idea de frontera en el medievo”, en *El mundo de los conquistadores*, edición de Martín Ríos Saloma, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Sílex, 2015, p. 100.

Los estudios historiográficos han empleado el término para definir espacios alejados de los centros de poder político y administrativo y, por lo tanto, “marginales”; en otros casos, ha sido empleado para designar regiones supuestamente inhabitadas o “tierras libres”, esto es, no ocupadas por colonos europeos, omitiendo o dejando en segundo plano la presencia de poblaciones nativas.³¹ De manera particular, la difusión de la obra de Turner y el papel definitorio que otorgó a la frontera en la historia de Norteamérica,³² impactó en los estudios sobre las regiones fronterizas del mundo colonial hispanoamericano, llevando a conceptualizar las fronteras como líneas bien definidas que separaban “dos sociedades antagónicas, que encarnaban dos modos de vida irreconciliables, representados en la idea de la civilización *versus* la barbarie: la sociedad hispano-criolla y la indígena”.³³ Las relaciones entre estos dos mundos tan distintos, no podían ser sino violentas, marcadas por el conflicto; de tal suerte, la visión de las fronteras que se desarrolló bajo esta perspectiva fue la de una “tierra de guerra”.

Sin embargo, en las últimas décadas las fronteras han dejado de ser consideradas lugares de separación, para ser vistas como mundos intermedios, terrenos de encuentro e interacción entre sociedades y culturas que “intercambian bienes y conceptos, negocian diferencias, se enfrentan a veces, mezclan sus sangres otras, buscan sentidos comunes y reinterpretan a su modo —a menudo sobre la base de distorsiones y malentendidos— los valores y las prácticas de la otra parte”.³⁴

³¹ Lidia R. Nacuzzi y Carina P. Lucaioli, “Perspectivas antropológicas para el análisis histórico de las fronteras”, en *Pueblos indígenas, estados nacionales y fronteras: tensiones y paradojas de los procesos de transición contemporáneos en América Latina*, coordinación de Héctor Hugo Trincheró, Luis Campos Muñoz y Sebastián Valverde, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2014, p. 29.

³² Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1921.

³³ Sara Ortelli, “La frontera pampeana en las últimas décadas del periodo colonial: las delegaciones de indios y el comercio con Buenos Aires”, en *Territorio, frontera y región en la historia de América. Siglos XVI al XX*, coordinación de Marco Antonio Landavazo, México, Porrúa/Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2003, p. 71.

³⁴ Florencia Roulet, “Mujeres, rehenes y secretarios: mediadores indígenas en la frontera sur del Río de la Plata durante el periodo hispánico”, *Colonial Latin American Review*, Taylor & Francis Onlines, Londres, v. 18, n. 3, 2009, p. 303.

Así, más que espacios rígidos, cerrados y de conflicto permanente, las fronteras son vistas ahora como espacios privilegiados para analizar los tipos de relaciones que se desarrollaron entre sociedades e individuos pertenecientes a mundos distintos.³⁵ Tal cambio de perspectiva ha traído consigo un interés por estudiar “las relaciones interétnicas, mestizajes, los intercambios simbólicos, la complementariedad y competencia por los recursos”³⁶ como dinámicas que se presentan de manera recurrente en las fronteras, al igual que las instituciones pensadas específicamente por la monarquía para lograr el control de estos espacios. Del mismo modo, desde una perspectiva que combina el análisis histórico, las herramientas de la antropología y algunas metodologías de los estudios subalternos, los estudios sobre las fronteras de la América hispana han puesto la atención en los actores que juegan un papel fundamental en esos espacios en tanto permiten la comunicación y la circulación de saberes: los intérpretes, los mediadores, los cautivos y las mujeres. Tales estudios hacen énfasis en la capacidad creativa y en la iniciativa de tales actores, mostrando una postura crítica frente a la historiografía que atribuye una “cualidad fundamentalmente reactiva” a las sociedades indígenas.³⁷

El proceso de repensar la noción de frontera ha ido acompañado también de una crítica a la idea de “frontera natural” tan presente en la historiografía para referir a ciertos espacios geográficos —la misma Sierra del Nayar ha sido definida como una de estas fronteras o barreras naturales—. Sin embargo, dicho concepto ha caído progresivamente en desuso, en tanto carece de justificación histórica. En palabras de Ricard Zapata-Barrero, “vincular la frontera a un río o una cadena de montañas responde al derecho de naturalizar una noción que es

³⁵ De ahí la idea de Weber y Rausch de definir la frontera como el lugar en el que las culturas se encuentran, se confrontan, intercambian bienes y saberes, o también, intentan aniquilarse la una a la otra: David Weber y Jane M. Rausch, “Introduction”, en *Where Cultures Meet. Frontiers in Latin American History*, Wilmington, Delaware, SR, 1994, p. XIII a XXXIII.

³⁶ Nacuzzi y Lucaioli, “Perspectivas antropológicas...”, p. 29.

³⁷ Danna A. Levin Rojo, “La búsqueda del nuevo México: un proceso de migratorio en la América española del siglo XVI”, en *Las Vías del Noroeste 1: una macroregión indígena americana*, edición de Carlo Bonfiglioli, Arturo Gutiérrez y Ma. Eugenia Olavarría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2006, p. 134.

básicamente política”.³⁸ Y es que, así como aquello que definimos como “paisaje natural” es en realidad el producto de la interacción entre el ser humano y el medio a lo largo de milenios; la idea misma de frontera natural nace de “la segmentación conceptual del espacio y la apropiación cultural de los territorios”.³⁹ No se trata de negar el componente ambiental presente en las regiones fronterizas; ya Radding y Levin han hecho notar que “las condiciones naturales de clima, topografía e hidrología son componentes integrales de las zonas fronterizas, pero no crean fronteras en sí mismas”.⁴⁰ Así, las fronteras son producciones sociales que se transforman a lo largo de la historia.

De tal suerte, parto de una idea de frontera no como límite “real”, una línea o una barrera entre sociedades civilizadas y grupos de salvajes; por el contrario, es una construcción, un territorio “imaginado, inestable y permeable de circulación”.⁴¹ Se trata, además, de un concepto etnocéntrico, en tanto refleja la experiencia de uno de los dos o más grupos humanos que contienden en un determinado territorio. Así, lo que para los colonos españoles eran “las fronteras de la monarquía hispana”, es decir, el límite hasta el cual se extendía el poder y el control del monarca católico no necesariamente era aceptado y vivido como tal por los grupos indígenas. Frontera es, por último, una categoría histórica, resultado de una serie de condiciones particulares, por lo que “siempre ha de ser entendida en su propia biografía”.⁴²

Respecto a las fronteras de la monarquía hispánica en América, David Weber ha planteado una distinción que resulta fundamental para mi análisis: las “fronteras estratégicas” de las “fronteras interiores”. Las primeras serían aquellas ubicadas en la zona de confluencia de dos o más rivales imperiales —como ocurría en la frontera norte

³⁸ Ricard Zapata-Barrero, “Frontera: concepto y política”, en *Fronteras en movimiento. Migraciones hacia la Unión Europea en el contexto mediterráneo*, edición de Ricard Zapata-Barrero y Xavier Ferrer-Gallardo, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2012, p. 40.

³⁹ Zapata-Barrero, “Frontera...”, p. 59.

⁴⁰ Cynthia Radding y Danna A. Levin Rojo, “Introduction: Borderlands, A Working Definition”, en *The Oxford Handbook of the Borderlands...*, p. 3.

⁴¹ Guillaume Boccara, “Colonización, resistencia y etnogénesis en las fronteras americanas”, en *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)*, edición de Guillaume Boccara, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2002, p. 48.

⁴² Zapata-Barrero, “Frontera...”, p. 40.

de la Nueva España— en las que los nativos podían aliarse con una u otra de las potencias para obtener armas, alimentos o prerrogativas a cambio de colaboración e información. Este juego de alianzas daba a los indios un mayor poder e influencia a nivel regional.⁴³ Las fronteras internas, en cambio, se caracterizan por ser territorios cuyos habitantes se mantuvieron independientes, a pesar de estar dentro de un dominio imperial consolidado. Muchas de ellas se ubicaron en territorios montañosos, desérticos o bosques tropicales; en general, regiones carentes de metales preciosos o con tierras de poco valor económico, donde las sociedades generaban pocos excedentes económicos y la organización política giraba en torno a la familia.⁴⁴ Para McEnroe, estas fronteras internas pueden ser descritas como “archipiélagos”, es decir, islas cuya geografía y población las colocó fuera de la autoridad administrativa del imperio colonizador.⁴⁵ Como se mostrará en la primera parte de la presente obra, la Sierra del Nayar constituía justamente una de estas fronteras interiores, por lo que su dinámica puede compararse con otros espacios que compartieron las mismas características.

Además de los textos ya citados, este estudio se ha nutrido de la discusión y aportes de los diversos antropólogos e historiadores que han escrito sobre el Nayar. Diferentes investigadores han propuesto ya la delimitación de la región de la Sierra del Nayar, tomando como punto de partida diversos criterios. Para León Diguét por ejemplo, la Sierra del Nayar era “un macizo montañoso entre los 21° 3’ y los 23°, en el territorio de Tepic y en el estado de Jalisco”, cuyos “límites naturales” eran elementos geográficos: al norte la sierra de Durango, al sur el río Santiago, al este el río Bolaños y al oeste el río San Pedro.⁴⁶ Cárdenas de la Peña, siguiendo las directrices del plan

⁴³ David J. Weber, *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 131-132.

⁴⁴ *Ibidem.*, p. 32.

⁴⁵ Sean McEnroe, “The Indian Garrison Colonies of New Spain and Central America”, en *The Oxford Handbook of the Borderlands...*, p. 170.

⁴⁶ León Diguét, “La Sierra de Nayarit y sus indígenas. Contribución al estudio etnográfico de las razas primitivas de México, 1899”, en *Por tierras occidentales: entre sierras y barrancas*, estudio introductorio de Jesús Jáuregui, México, Instituto Nacional Indigenista/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1992, p. 104.

HUICOT,⁴⁷ definió el territorio como aquél formado por la intersección de los estados de Durango, Zacatecas, Nayarit y Jalisco, rodeado por una amplia franja fronteriza que constituye “una especie de transición hacia el mundo de afuera” (véase lámina 1).⁴⁸ Laura Magriñá en cambio establece los límites del Nayar con base en el criterio etnolingüístico: es la zona de habitación de los coras, comprendiendo el territorio montañoso del actual municipio del Nayar y porciones de los municipios vecinos de Acaponeta, Rosamorada, Ruiz, Santiago Ixcuintla, Tepic y la Yesca.⁴⁹ Para Regina Lira la región del Nayar es el espacio histórico habitado por huicholes y coras por lo que, en el periodo colonial, la región comprendería porciones de “las alcaldías mayores neogallegas de Acaponeta y Sentispac hacia el oeste, la de Tepic hacia el suroeste, y Hostotipaquillo hacia el sur, la Sierra de Nayarit en el centro y norte, y la Frontera de San Luis Colotlán hacia el límite oriental”.⁵⁰ Para Neurath, en la actualidad, la Sierra del Nayar está formada por porciones de los estados de Nayarit, Jalisco, Durango y Zacatecas, se trata además de un área en la que conviven comunidades de cinco grupos etno-lingüísticos: huicholes, coras, tepehuanos, mexicaneros (hablantes de náhuatl) y mestizos (hablantes del castellano) (véase lámina 2).⁵¹

⁴⁷ El Plan HUICOT fue implementado durante el sexenio del presidente Luis Echeverría y consistió, según el propio informe de gobierno del presidente presentado ante el Congreso de la Unión en 1971, en la construcción de “una red de caminos de penetración, la construcción de aeropistas en 22 poblaciones, el establecimiento de los servicios de radiocomunicación, la construcción de centros y casas de salud, 32 tiendas de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, sistemas de agua en seis poblados y otros servicios” en la Sierra del Nayar. Las siglas HUICOT hacen referencia a huicholes, coras y tepehuanos, habitantes del territorio de los estados de Durango, Zacatecas, Nayarit y Jalisco.

⁴⁸ Enrique Cárdenas de la Peña, *Sobre las nubes del Nayar: camino rural Ruiz-Valparaíso*, México, Gobierno del Estado de Nayarit, 1988, p. 10.

⁴⁹ Laura Magriñá, *Los coras entre 1531 Y 1722 ¿Indios de guerra o indios de paz?*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 54.

⁵⁰ Regina Lira Larios, “La organización colonial en la Sierra del Nayar 1530-1722: un espacio pluridimensional”, tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2003, p. 128.

⁵¹ Johannes Neurath, *Las fiestas de la casa grande: ritual agrícola, iniciación y cosmovisión en una comunidad wixarika (Apurie/Santa Catarina Cuexcomatitan)*, tesis de doctorado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, p. 28.

Comparto con Ignacio del Río la convicción de que hacer historia regional no consiste, de ninguna manera, en recopilar información sobre un espacio seccionado de forma arbitraria; no se trata, tampoco, de intentar decir “todo” sobre una región, sino de seleccionar un territorio determinado para reflexionar sobre temas y problemáticas concretas. En este sentido, entiendo la región como una construcción intelectual, como una herramienta metodológica del historiador para explicar un problema concreto, sin dar al término nociones esencialistas, esto es, sin pretender que las regiones existen *per se*. Por el contrario, y siguiendo a Del Río, considero que las regiones son “acotamientos del espacio histórico que utilizamos como recursos metodológicos para el efecto de delimitar posibles universos de análisis, siempre en función de una problemática específica de investigación”.⁵²

Por lo que toca a este estudio, el espacio histórico en el que se centra —la región de la Sierra del Nayar— es aquel territorio que ya desde la segunda mitad del siglo XVI —tras la Guerra del Mixtón— se constituyó en una frontera con la gentilidad, aquello que la corona consideró no sometido a la monarquía hispana: el espacio serrano al norte del río Grande, al oriente de Xalisco y Tepic, y al occidente de Zacatecas y Jerez. Es decir, una zona de frontera en la que se libró, durante el periodo colonial, una lucha constante entre los intentos misioneros por ganar la tierra para los cristianos y el interés de algunos indígenas por mantenerse fuera del control colonial. Dicho territorio tendría como centro el corazón cora de la sierra —ubicado entre los ríos Jesús María y San Pedro— y constituyó el último bastión indígena no conquistado militarmente hasta 1722. Sin embargo, como veremos a lo largo de este estudio, es imposible explicar la conquista de la Sierra del Nayar sin tomar en cuenta el *hinterland*, la amplia zona de influencia de esta frontera interior durante el periodo colonial —los pueblos con los que comerciaba y con los que se enfrentaba; los pueblos de indios cristianos formados con hombres y mujeres sacados de la sierra por los misioneros franciscanos; los

⁵² Ignacio del Río, “Reflexiones en torno de la idea y práctica de la historia regional”, *Estudios históricos sobre la formación del norte de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2009, p. 164.

pueblos de las fronteras de Colotlán, creados para “defender” las tierras del monarca de la amenaza de los gentiles; y por supuesto, la presencia, minoritaria pero trascendente, de estancias y haciendas de españoles—. Ello porque las fronteras de la Sierra del Nayar eran flexibles al tiempo que porosas; a través de ellas circulaban hombres, objetos e ideas, razón por la cual lo que ocurría en el territorio de los indios no sometidos estuvo fuertemente vinculado con la dinámica de los pueblos de indios “vasallos y cristianos” que se establecieron progresivamente en los márgenes de la sierra.

Esta zona de influencia, región que recibía el impacto de la Sierra del Nayar, abarcaría no sólo el territorio de lo que después de 1722 fue conocido como el Nuevo Reino de Toledo, sino también parte de las alcaldías mayores de Acaponeta, Sentispac, Tepic, Tequila, Hostotipaquillo y el Gobierno de las fronteras de Colotlán. Este estudio se enfocará entonces en esta amplia región del occidente del virreinato (véase lámina 3).

Sobre la región del Nayar existe una larga tradición de estudios antropológicos que se remonta hasta fines del siglo XIX, cuando vieron la luz los trabajos de pioneros como León Diguét,⁵³ Carl Lumholtz,⁵⁴ Aleš Hrdlička⁵⁵ y Konrad Theodor Preuss. La visibilidad internacional que se obtuvo a partir de estos trabajos llevó a los habitantes de la sierra a “conformar uno de los indudables paradigmas antropológicos”.⁵⁶ En contraste, como ya hizo notar Beatriz Rojas en

⁵³ Diguét, *Por tierras occidentales...*

⁵⁴ Carl Lumholtz, “The Huichol Indians of Mexico”, *Bulletin of the American Museum of Natural History*, Nueva York, 1898. Una versión en español, titulada “Los huicholes de México”, fue publicada en *El arte simbólico y decorativo de los huicholes*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1986, p. 9-23. En esta obra se reunieron también los trabajos “El arte simbólico de los huicholes” y “El arte decorativo de los huicholes”, p. 25-322 y 323-399 respectivamente; Lumholtz, *El México desconocido*, edición facsimilar, México, Instituto Nacional Indigenista, 1981.

⁵⁵ Aleš Hrdlička, “The Region of the Ancient Chichimecs, with notes on the Tepicanos and the Ruins of La Quemada, México”, *American Anthropologist*, Arlington, Virginia, American Anthropological Association, v. 5, 1903, p. 385-440; “Huichol”, *Handbook of American Indians North of Mexico*, Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology, 30, Washington, 1907, p. 575-577.

⁵⁶ Jesús Jáuregui, *Bibliografía del Gran Nayar: coras y huicholes*, México, Instituto Nacional Indigenista/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1992, p. 11.

1992, la historiografía en torno a la Sierra del Nayar muestra un rezago importante,⁵⁷ particularmente en lo tocante a la época virreinal. Este rezago, como podrá verse, se debe no tanto a la carencia de obra sino a la recurrencia a emplear, en casi todas ellas, las mismas fuentes primarias: la *Crónica miscelánea* de fray Antonio Tello,⁵⁸ el informe de fray Antonio Arias de Saavedra,⁵⁹ la *Historia de la Nueva Galicia* de Mota Padilla⁶⁰ y la obra del jesuita José Ortega.

Durante el siglo XIX encontramos diversas obras históricas sobre la Sierra del Nayar caracterizadas por la erudita recopilación de datos procedentes tanto de la obra ya publicada como de incipientes investigaciones en archivo. La obra del franciscano fray Francisco Frejes, *Historia breve de la conquista de los estados independientes del imperio mexicano* se inserta dentro de esta tradición.⁶¹ Otro de los pioneros en la investigación acerca de la historia del occidente de México fue Alberto Santoscoy, quien se dedicó a recopilar y publicar numerosas fuentes primarias hasta entonces perdidas en archivos y bibliotecas.⁶² Asimismo, incursionó en la escritura de la historia regional con diversas obras, que dan cuenta de su erudición y acceso a documentación privilegiada, alguna de ella ya desaparecida.⁶³ Varios de sus textos

⁵⁷ Beatriz Rojas, “Bibliografía histórica sobre los coras y los huicholes”, en Jáuregui, *Bibliografía...*, p. 149.

⁵⁸ Antonio Tello, *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco. Libro segundo*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, /Universidad de Guadalajara, 1968.

⁵⁹ Antonio Arias de Saavedra, “Información rendida por el padre Antonio Arias y Saavedra acerca del estado de la Sierra del Nayarit, en el siglo XVII” [1673], en Thomas Calvo, *Los albores del nuevo mundo: siglo XVI-XVII*, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad de Guadalajara, 1990, p. 284-309. Una de las tres copias que se elaboraron del manuscrito se encuentra con el título: “Informe sobre la reducción y conversión de indios bárbaros de la Sierra de Nayarit”, Antonio Arias de Saavedra, Acajoneta, 2 de febrero de 1672, AGI, *Guadalajara*, 13, r. 2, n. 22-25, f. 12-29v. Dado que existen algunas diferencias entre las dos versiones, ambas serán empleadas en este texto.

⁶⁰ Matías de la Mota Padilla, *Historia del reino de Nueva Galicia en la América septentrional*, Guadalajara, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973 [1742].

⁶¹ Francisco Frejes, *Historia breve de la conquista de los estados independientes del imperio mexicano*, Guadalajara, Tipografía de S. Banda, 1878.

⁶² Alberto Santoscoy, *Nayarit: colección de documentos inéditos, históricos y etnográficos, acerca de la sierra de ese nombre*, Guadalajara, Tipo-Lit. y Enc. de José María Yguiniz, 1899.

⁶³ Por ejemplo, los originales de las cartas escritas por don Francisco Nayarit al obispo en 1649, que Santoscoy copió y publicó, hoy se han perdido. Véanse anexos

muestran un claro interés por el ejercicio heurístico y hermenéutico, no obstante sus conclusiones al día de hoy puedan ser discutibles; otros en cambio, se acercaban mucho más al género de la crónica que al de la historia tal y como la entendemos a partir de su profesionalización en México.⁶⁴ Esta tradición de historia erudita, narrada de forma lineal y cronológica se ha seguido cultivando durante el siglo xx, y si bien tiene el mérito de la difusión del conocimiento y de la recopilación de datos relevantes, aporta poco en el campo de la investigación original en archivo y menos aún en el de la discusión teórica.⁶⁵

El auge de los estudios antropológicos sobre coras y huicholes desde fines del xix y durante el siglo xx, necesariamente trajo consigo un creciente interés por la etnohistoria del Gran Nayar. No es de extrañar que diversos antropólogos hayan incursionado en estudios históricos de la región, producto del interés por comprender los procesos que atravesaron las comunidades indígenas a las que buscaban descifrar. Así, numerosos trabajos antropológicos a lo largo del siglo xx incluyeron algunas páginas en las que se recopilaban noticias en torno a la historia, particularmente colonial, de la región. Al estar basadas en las fuentes más conocidas ya publicadas, la mayor parte de estas anotaciones históricas son repetitivas y giran en torno a los mismos temas: la violenta expedición de Nuño de Guzmán por el occidente, la resistencia de los nayaritas hasta el año de 1722 en que fueron sometidos y las misiones jesuitas establecidas a partir de entonces. Tal fue el caso de los trabajos de Thomas Hinton, Barbro Dahlgren, Evon Z. Vogt, Alden Mason, Philip Riley, Salomón Nahmad y Phil Weigand,⁶⁶ los cuales tienen el mérito de establecer

“Primera carta”, “Segunda carta” y “Carta escrita de mano de Pablo Felipe, a nombre del capitán nayarita Miguel Nauchame”

⁶⁴ Véase por ejemplo Alberto Santoscoy, *Apuntamientos históricos y biográficos jaliscienses: los primeros conquistadores en el territorio, el primer mártir franciscano, los tastoanes*, Guadalajara, Tipografía del gobierno, 1889.

⁶⁵ Ejemplo de ello son las obras de José Ignacio Rubio Mañé, *El virreinato III, expansión y defensa*. Segunda parte, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, 1983; Salvador Gutiérrez Contreras, *El territorio del estado de Nayarit a través de la historia*, Compostela, Nayarit, Gobierno del Estado de Nayarit, 1979; Cárdenas de la Peña, *Sobre las nubes...*

⁶⁶ Véanse en particular los ensayos reunidos en *Coras, huicholes y tepehuanes*, edición de Thomas B. Hinton, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional Indigenista, 1972; *Themes of Indigenous Acculturation in Northwest*

vínculos entre el pasado histórico y el presente etnográfico. Destaca por su variedad la obra de Weigand, antropólogo que, a partir de fuentes arqueológicas y de investigación en archivo y crónicas coloniales, realizó un trabajo de etnohistoria con una perspectiva regional, que incluyó el estudio de los diversos grupos indígenas que habitan la Sierra del Nayar.⁶⁷ Algunas de sus conclusiones —la caracterización de coras y huicholes como “sociedades complejas contestatarias” cuyos miembros estaban “dedicados a resistir la incorporación del sistema colonial”— serán discutidas en este trabajo.

Sobresalen también los trabajos de la Misión Arqueológica Belga en la Sierra del Nayar, concretamente en la región de Huejuquilla, que luego de una década de estudios —entre 1974 y 1984— tanto del arte rupestre como excavaciones intensivas en el Cerro del Huistle, dieron lugar a diversos trabajos que van desde la arqueología, la historia del arte y la historia con base en sólida investigación en archivo.⁶⁸ De entre ellos destaca el trabajo de Marie-Areti Hers sobre el movimiento religioso liderado por Manuel Ignacio Doyé en la segunda mitad del siglo XVIII,⁶⁹ que es también un ejemplo de historia de la región construida a partir de la investigación documental.

Mexico, edición de Thomas B. Hinton y Phil C. Weigand, Tucson, University of Arizona Press, 1981.

⁶⁷ Phil C. Weigand, “Consideraciones sobre la arqueología y la etnohistoria de los mexicaneros, los tecuales, los coras, los huicholes y los caxcanes de Nayarit, Jalisco y Zacatecas”, en *Ensayos sobre el Gran Nayar. Entre coras, huicholes y tepecanos*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1992, p. 206.

⁶⁸ Por ejemplo, Claudine Deltour-Levie, *et al.*, *L’architecture des villages préhispaniques dans la Sierra del Nayar; prospections de la Mission Archéologique Belge au Mexique-Projet Sierra del Nayar* (Publications d’Histoire de l’Art et d’Archéologie de l’Université Catholique de Louvain, LX), Louvain-La-Neuve, 1993; Marie-Areti Hers, “Misión arqueológica Belga en la Sierra del Nayar, primera etapa de los trabajos”, *Anuario de Historia*, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, n. 1, 1978, p. 249-258; Marie-Areti Hers, “Los santuarios huicholes en la Sierra de Tenzompa (Jalisco)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, n. 50-1, 1982, p. 35-41; y de la misma autora *Los toltecas en tierras chichimecas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989.

⁶⁹ Marie-Areti Hers, “Los coras en la época de la expulsión jesuita”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. 27, n. 1 (105), julio-septiembre de 1977, p. 17-48.

En la segunda mitad del siglo XX, varios investigadores se dieron a la tarea de recopilar y publicar fuentes documentales valiosas para la región. Entre ellos se encuentra el texto pionero de María del Carmen Velázquez, *Colotlán, doble frontera contra los bárbaros*,⁷⁰ así como las recopilaciones de fuentes que Jean Meyer y Thomas Calvo han publicado acerca de la historia del estado de Nayarit y, dentro de él, de la Sierra del Nayar. En los volúmenes que conforman la *Colección de documentos para la historia de Nayarit*,⁷¹ a la par que contextualizan las fuentes publicadas, ambos autores abordan de forma general los principales procesos acontecidos en el periodo colonial y plantean hipótesis sugerentes sobre la historia de la región, al tiempo que señalan rutas nuevas de investigación. A esta colección se ha sumado en fechas posteriores la publicación de otras fuentes documentales que comparten las características ya señaladas.⁷²

Regina Lira Larios, por su parte, abordó el estudio de la región, teniendo como protagonista central el espacio de la Sierra del Nayar, por lo que buscó explicar la forma en que las autoridades civiles y eclesiásticas hispanas intentaron aprehenderlo y racionalizarlo. En el trabajo se analiza también el surgimiento de nuevas identidades indígenas en ese contexto.⁷³ Un elemento notable de su trabajo es que se percató de la necesidad de estudiar la interacción entre la Sierra del Nayar y el vecino Gobierno de las fronteras de Colotlán,

⁷⁰ María del Carmen Velázquez, *Colotlán, doble frontera contra los bárbaros*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1961.

⁷¹ La colección está formada por cinco volúmenes, tres de los cuales se refieren al periodo colonial: *Los albores de un Nuevo Mundo: siglos XVI-XVII*, compilación de Thomas Calvo, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad de Guadalajara, 1990; Jean Meyer, *Nuevas mutaciones*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad de Guadalajara, 1989; *El gran Nayar*, compilación de Jean Meyer, Guadalajara, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad de Guadalajara, 1989.

⁷² *Atonalisco, Nayarit. Una historia documental 1695-1935*, edición de Jean Meyer, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Instituto Nacional Indigenista, 1994; Thomas Calvo, *Xalisco, la voz de un pueblo en el siglo XVI*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993; José Antonio Bugarín, *Visita de las misiones de Nayarit (1768-1769)*, edición de Jean Meyer, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Instituto Nacional Indigenista, 1993.

⁷³ Lira Larios, "La organización colonial...".

institución hispana creada a fines del siglo XVI para garantizar el buen gobierno de los pueblos cristianos recién establecidos en las fronteras con las tierras nayaritas.

Y es que hace falta aún estudiar la dinámica histórica de la región, más allá de las diferencias étnicas. Así, si bien en las últimas décadas se han publicado diversos estudios que, basados en un sólido trabajo de investigación documental, buscan explicar los procesos históricos atravesados por los pueblos indígenas de la región, en ellos se aborda la historia de un grupo etnolingüístico en particular. Por ejemplo, durante la década de los ochenta Robert D. Shadow se interesó en la historia colonial de la región de Colotlán y en particular, en la naturaleza jurisdiccional del Gobierno de las fronteras. Los trabajos de Shadow colocaron a Colotlán dentro del contexto más amplio de la historia institucional de la frontera del siglo XVI.⁷⁴ Pero, por otra parte, Shadow también contribuyó notablemente al estudio de los tepecanos, uno de los grupos indígenas sobre los que existe menor información durante la época virreinal, y que al día de hoy se considera extinto.⁷⁵ Eugene Sego por su parte se enfocó en el análisis de la colonización llevada a cabo por nahuas procedentes de Tlaxcala, que arribaron a Colotlán a fines del siglo XVI;⁷⁶ mientras que Beatriz Rojas es autora de una historia general de los huicholes, desde el siglo XVI hasta el siglo XX, con base en información procedente de diversos archivos.⁷⁷ Finalmente, Laura Magriñá se ha ocupado de reconstruir la historia colonial de los coras, desde 1531 y hasta su conquista en 1722.⁷⁸

⁷⁴ Robert D. Shadow, “Conquista y gobierno español” en *Lecturas históricas del norte de Jalisco*, compilación de José María Muriá, México, Gobierno del Estado de Jalisco, p. 43-69; Robert D. Shadow, “Gobierno y población en San Luis Colotlán durante la Colonia”, *Estudios Jaliscienses*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, n. 8, mayo de 1992, p. 4-16.

⁷⁵ Robert D. Shadow, “Lo indio está en la tierra: identidad social y lucha agraria entre los indios tepecano del norte de Jalisco”, *América Indígena*, México, Instituto Indigenista Interamericano, México, v. XLV, n. 3, julio-septiembre de 1985.

⁷⁶ Eugene Sego, *Aliados y adversarios: los colonos tlaxcaltecas en la frontera septentrional de Nueva España*, México, El Colegio de San Luis/Gobierno del Estado de Tlaxcala/Centro de Investigaciones Históricas de San Luis Potosí, 1998, p. 129-152.

⁷⁷ Beatriz Rojas, *Los huicholes en la historia*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993.

⁷⁸ Laura Magriñá, *Los coras...*

Estos trabajos nos han permitido tener un conocimiento más exacto de la forma en que los diversos pueblos indígenas del Gran Nayar y sus alrededores fueron incorporados a la monarquía hispana, así como los conflictos que cada uno de debió enfrentar. Sin embargo, al enfocarse en la problemática de un solo grupo etnolingüístico, los autores no logran ver que los indígenas, más allá de su condición étnica, hicieron frente a la dominación con estrategias dinámicas —a veces similares, a veces contrarias— que en ciertas situaciones los aliaron, en otras los llevaron a enfrentarse entre ellos y, en algunos casos, buscaron aprovechar la presencia hispana mientras que en otros se retrajeron. Hay en estos estudios una intención —a veces implícita— de caracterizar a cierto grupo indígena con una etiqueta que pareciera no cambiar a través del tiempo: los coras fueron los que resistieron, los rebeldes insumisos, mientras que los nahuas tlaxcaltecas habrían sido perennes aliados, por ejemplo. Tales caracterizaciones, además, no toman en cuenta las dinámicas internas, la posibilidad de que existieran coras rebeldes y coras dispuestos al contacto e incluso a la colaboración con el español. En estas monografías históricas sobre coras, huicholes, tepecanos y nahuas no se compara tampoco la situación social y cultural que vivía el grupo particular que se estudia con los otros grupos vecinos, los cuales se enfrentan a situaciones de dominación, si no idénticas, sí muy parecidas, aunque la manera de responder a ellas sea distinta. En general carecen también del interés por entender la dinámica interétnica regional, es decir, no atienden a las complejas relaciones establecidas entre los distintos grupos indígenas a partir de la implantación del dominio hispano. Se suele analizar la relación de los huicholes, de los coras y de los nahuas con los españoles, pero no las relaciones entre coras, huicholes y nahuas.

Por último, hacía falta también incorporar la información procedente de numerosa documentación de archivo que ha sido poco tomada en cuenta hasta la fecha, y que puede brindar valiosos datos sobre las relaciones establecidas no sólo entre los diferentes grupos indígenas sino también, las relaciones políticas, económicas y sociales que se gestaron en torno a esta frontera interior. Me pareció necesario también reflexionar acerca del papel que jugaba la Sierra del Nayar dentro de la dinámica regional sobre los personajes surgidos en

este contexto fronterizo y la manera en que transitaron entre el mundo colonial, así como el de los indios no sometidos y, por último, respecto a la agencia indígena, entendida como la capacidad de actuar en el mundo, desplegada frente a la implantación del dominio hispano.

Es así que, en este libro, me he propuesto analizar las particularidades del proceso de conquista y colonización en dicha región, además de trazar puentes que permitan comparar con procesos similares ocurridos en la Nueva España y en otros territorios americanos de la monarquía hispana, particularmente en aquellas regiones que compartieron con el Nayar la condición de frontera. Por ello, el lector encontrará referencias constantes a otras fronteras, a otros caciques, a otros intérpretes, a otros milicianos y a otras conquistas. Como ha señalado Del Río, partir del análisis de procesos regionales es una forma de abordar la explicación de los procesos globales, pues la región “es una noción relativa que sólo cobra sentido en la medida en que se le relaciona y contrasta con la noción de totalidad suprarregional”.⁷⁹ Se aspira a mostrar las particularidades de un proceso histórico manifestado en este espacio concreto, pero sin perder de vista el modo en que esa realidad regional se articula con “el todo que la contiene”:⁸⁰ la América hispana. Busco, a través del caso concreto del Nayar, reflexionar sobre la agencia indígena en los procesos de conquista y en los ámbitos de frontera.

El libro está dividido en dos partes. En la primera, mi objetivo es trazar la “biografía” de este complejo fronterizo, es decir, explicar cómo y por qué razones la Sierra del Nayar se convirtió en una frontera: las percepciones hispanas del territorio, la dificultad para desarrollar en este medio geográfico concreto, el modelo de policía que implantaron los españoles en otras regiones y, en consecuencia, la manera en que las instituciones coloniales se adaptaron a esta realidad, en los doscientos años que transcurrieron desde el primer contacto con los españoles y hasta la conquista de 1722.

En un segundo capítulo, analizo la dinámica indígena antes de la conquista de la sierra, poniendo a los indios insumisos —mayori-

⁷⁹ Río, “Reflexiones...”, p. 165.

⁸⁰ *Idem.*

tariamente coras— como actores principales. Me interesó romper con la idea de la Sierra del Nayar como una región aislada, y de sus habitantes como renuentes al contacto con el mundo español y cerrados sobre sí mismos. Por el contrario, en este texto nuestro que, a pesar de los esfuerzos de las autoridades civiles y religiosas, los habitantes de la Sierra del Nayar gozaron de una amplia movilidad que les permitió establecer relaciones de parentesco, comerciales y laborales entre “gentiles” y “cristianos”, entre indígenas y españoles, al tiempo que mantuvieron un amplio margen de autonomía para gestionar sus relaciones con el mundo hispano. En la primera sección del libro uno de los objetivos es evidenciar la enorme influencia que ejerció la existencia de este espacio ajeno al control colonial, en las dinámicas sociales y políticas que se desarrollaron en las regiones vecinas. En función de la existencia de este territorio no conquistado, se adaptaron las instituciones coloniales y se desarrollaron otras que respondían a necesidades específicas del contexto fronterizo, igualmente se otorgaron mercedes y privilegios, al tiempo que la economía regional recibió también el influjo de los gentiles.

La segunda parte del libro inicia con el capítulo “La conquista de la Sierra del Nayar. Temas y problemas”. En él, analizo la narrativa “tradicional” en torno a este proceso, así como la obra de José Ortega, principal fuente hasta ahora. Dado que los pormenores de la conquista del Nayar no son por todos conocidos, este apartado sirve también para poner en contexto la actuación indígena que se analiza en los últimos tres apartados. El capítulo “Los caciques coras y la conquista e la sierra” está dedicado al examen del actuar de los caciques y principales coras frente a las campañas de conquista de la sierra en el periodo 1721-1722, asunto que sirve también para discutir sobre el papel de las élites indígenas en las empresas de conquista, las características del gobierno y el poder entre los coras, así como el destino de estos grupos una vez “consumada” la conquista. En el capítulo “La conquista del Nayar. Las milicias indígenas” analizo la participación de los soldados fronterizos en las campañas militares de 1721 y 1722, prestando una atención particular a las motivaciones de los milicianos indígenas para sumarse a estas empresas y el tipo de labores que desempeñaron. Por último, en el capítulo “La conquista de la sierra. Intérpretes, mensajeros y escribanos”, la atención se

centra en los intérpretes y mediadores que permitieron la comunicación entre ambos mundos, el de los indios gentiles y el de los cristianos, asunto que permite también reflexionar sobre la importancia de estas figuras en las fronteras de la monarquía hispana.

Es importante señalar que, en algunos capítulos de este texto, la narrativa se acerca al género de la biografía. Particularmente en el cuarto y quinto capítulo, donde he comenzado por reconstruir, en la medida de lo posible, las historias de vida de algunos personajes clave en la dinámica política y social de la sierra: el Tonati, pero también otros caciques y principales coras que apoyaron o, por el contrario, resistieron las entradas militares de 1721-1722, así como los intérpretes y traductores que participaron. Considero fundamental, cuando las fuentes lo permiten, poner nombre y apellido a los actores indígenas. En la historiografía del periodo colonial, los indígenas suelen aparecer como un actor colectivo e indiferenciado, “la masa indígena”, como una corporación —la república de indios, el pueblo de indios— y en unos pocos casos, como actores individuales e individualizados —los líderes de una rebelión, los nobles y caciques, los gobernadores—. Por ello, me ha parecido importante reconstruir las historias de vida de los actores nativos con el fin de tener mayores elementos que permitan analizar sus acciones individuales y plantear hipótesis plausibles sobre las motivaciones que pudieron guiarlos, sus expectativas e intereses. De esta forma, es posible valorar el peso de las acciones indígenas no sólo como entidad colectiva, sino también como actores individuales.

Al final de este libro presento además una recopilación de documentos varios elaborados por indígenas en la región. Salvo un par de ellos, se trata de textos inéditos que he extraído de los expedientes y legajos consultados para esta investigación. Presentar dichos documentos es una manera de contribuir a la creación de un corpus, así sea pequeño, de fuentes documentales escritas por indígenas de la región. Toca ahora a lingüistas y filólogos plantearles sus propias preguntas.

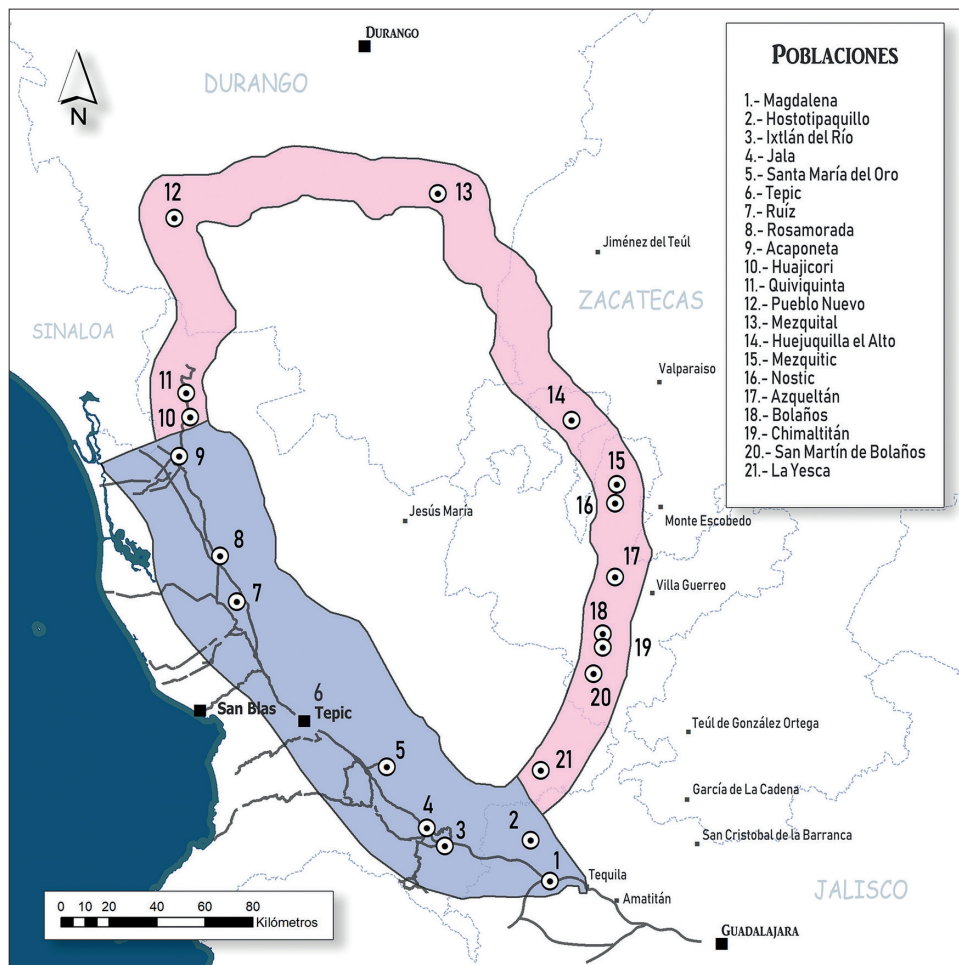


Lámina 1. *Mapa de la Sierra del Nayar, de acuerdo con el Plan HUCOT.* Elaboración de Daniel Chargoy a partir de Enrique Cárdenas de la Peña, *Sobre las nubes del Nayar: camino rural Ruiz-Valparaíso*, México, Gobierno del Estado de Nayarit, 1988, p. 10. Mapa base INEGI escala 1:250 000



Lámina 2. Mapa de la Sierra del Nayar en la actualidad.

Elaboración de Daniel Chargó a partir de Johannes Neurath, *Las fiestas de la Casa Grande. Procesos rituales, cosmovisión y estructura social en una comunidad huichola*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2002, p. 26. Mapa base INEGI escala 1:250 000



Lámina 3. *Mapa de la Sierra del Nayar y los pueblos circundantes hacia 1721*. Elaboración de Daniel Chargoy a partir de Peter Gerhard, *La frontera norte de la Nueva España, 1519-1821*, traducción de Stella Mastrangelo, mapas de Reginald Piggott, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Geografía, 1986. Mapa base INEGI escala 1:250 000